

NECESIDAD ACTUAL DE UN HISPANISMO EUROPEO

TEXTO DE LA CONFERENCIA PRONUNCIADA
EN EL AULA-MAGNA EL 22 DE MARZO DE 1958

SEÑORES:

ES grande mi perplejidad al tener que dirigirme a tan selecto auditorio para distraer vuestra atención durante el espacio de tiempo corrientemente delicado a una conferencia. Y más aún, al considerar el objeto de la misma, que aunque elegido por mí, ha tenido que ajustarse al temario del ciclo y me impone la obligación de hablaros de algo relacionado con el hecho de la existencia actualizada de las Comunidades económicas europeas. Sobre el mismo han disertado voces autorizadísimas y escrito plumas competentísimas, a la par que lo han hecho en recientes fechas y precisamente en esta dilecta ciudad, personas con las que nada más lejos de mi ánimo, que presentarme comparativamente. La carencia de novedad, y el encogimiento de mi ánimo, por lo minúsculo de mi presunta aportación, hubieran sin duda frenado mi deseo de compartir con el calor de nuestra presencia gentil, la estancia en este noble recinto, de no haber intuído que el hecho de decidirme confiadamente a estimar sobre las demás vinculaciones, las de familia y afectos, merecería vuestros plácemes.

Por ello, os ruego de antemano, la benevolencia que la proverbial y caballerosa sencillez asturiana, ha concedido siempre a quienes sólo pretenden sentirse acariciados por brisas hermanas, al pisar suelo gemelo por su hidalguía, del de las

restantes parcelas del solar patrio, deseando saber transmisoros durante mi estancia, la espontaneidad del agradecimiento y la alegría de la convivencia.

I

Sería sumamente prolija, a la par que enojosa, la enumeración pormenorizada de los diversos antecedentes históricos, que en orden a los intentos de unificación europea, en lo político, podrían exponerse. Desde Carlomagno hasta Hitler, con especial mención de los afanes napoleónicos, la idea de la Europa unida, se pretende alcanzar mediante la utilización de las armas, y se desarrolla, cual voluminoso prólogo, de las actuales formas, de más pacífica configuración.

El político francés Briand, puede constituir sino el más pretérito antecesor de la presunta Federación Europea, sí el más definido, puesto que llegó a presentar un anteproyecto en 1930, en la Sociedad de Naciones ginebrina, no existiendo continuidad en la penetración de la idea, visto que hasta 1947, no plasmó en el llamado Movimiento Europeo, el concepto expuesto por Churchill en 1946, de la conveniencia de una Europa asociada, ante la realidad de tener que defenderse del crecimiento soviético.

Tras ello, se produce el período de maduración de las ideas sembradas, con germinación paralela y no menos intensa de los resultados ya conocidos, inscritos en el Marco de los Acuerdos de Roma, de 1957, de aspecto decididamente económico, pero de fundamento indiscutiblemente político. Las enfermedades europeas, tan sencilla y tan dolorosamente contraídas, fueron larga y concienzudamente detectadas, pero sólo se decidió su parcial tratamiento, ante la imposibilidad de que los enfermos aceptasen voluntariamente la totalidad del plan indispensable.

Mientras que en nuestro Continente Churchill, actor en Yalta y promotor-decisor de la suerte de las naciones euro-

peas, encontraba necesaria una actuación conjunta de las mismas, no en contra, sino frente al coloso a cuya creación tanto había contribuido, en el Continente Americano, otro actor de Yalta, e indiscutible forjador de las actuales realidades internacionales, el fallecido Presidente Roosevelt, había anunciado antelativamente en 22 de junio de 1940, la necesidad de un plan de defensa económica de su hemisferio, creando para ello «un apropiado sistema internacional que trate de los problemas básicos de las relaciones comerciales entre las naciones americanas, comprendiendo un efectivo mercado unitario para las importaciones y las exportaciones».

La Conferencia panamericana de La Habana, precedida del reforzamiento del Export-Import Bank cuyo capital fue elevado por Roosevelt de 200 hasta 700 millones de dólares marcó, con propósitos quizá matizados levemente de desdós de conquista, aunque aparentemente tan sólo de defensa, la iniciación de la política coordinadora, indispensable a la vigente dimensión de los pueblos.

El fracaso momentáneo de la iniciativa americana, al menos respecto de su pluralidad intencional, no impidió la re- vigorización desde ese instante de la doctrina del espacio vital.

También, en América misma, los expertos de la Comisión Económica para la América Latina (CEPAL), han propuesto como fórmula resolutoria de sus problemas económicos, la creación de un Mercado Común Hispano Americano, habiéndose celebrado en febrero de este año y en Santiago de Chile, las primeras reuniones de estudio, presididas por el ex-Presidente de la República del Ecuador, señor Galo Plaza, quien declaró que se estaba planificando una nueva era para Iberoamérica, que daría mejores condiciones de vida a las masas de población, siendo indispensable superar el viejo concepto de nacionalidad, que hace vivir a los pueblos en pequeños compartimentos y de espaldas unos a otros.

La confusión, más o menos intencionada, del postulado de la solidaridad internacional, repleto de definiciones económicas y destacando la mejor productividad aplicable al sistema multinacional, con el ropaje encubridor de un más vergonzoso contenido, —presuntamente imperialista—, de sustitución económica de las formas colonialistas, no fue obs-

título para evitar la irrupción desde entonces, con evidente paralelismo europeo, de ideas de responsabilidad colectiva, frente a las de los nacionalismos individualizantes. Y en esos momentos, los Estados de geografías contiguas y de sistemas de comunicación para ello favorable, dejan de pensar en la dificultad de hacer compatibles, tradiciones y posiciones culturales, pertenecientes al mundo de lo ideal, para comenzar a trasladarse al menos irreal terreno de la mutua conveniencia, buscando con menos disgusto y disminuidos escrúpulos, el incremento de la capacidad de utilización de sus recursos mediante fórmulas de superposición, readaptación y convergencia de sus respectivas economías.

No pudiendo bastarse a sí mismas las unidades nacionales existentes, encuentran sin gran placer, en la constitución de comunidades supranacionales, una posible solución a sus problemas y siempre que se permita y facilite el equilibrio de las actuales desigualdades económicas, antecediendo a las fases integratorias, es intuible con esperanza la formación de complejos revitalizados, poseedores con el necesario ritmo, de mayores posibilidades económicas y por ende defensivas, que las poseídas por cada nación aisladamente.

La coexistencia debe producir la ventaja del vencimiento de la esterilidad y la hospitalidad generosa de ideas no compartidas, pero respetadas, el mantenimiento del acervo propio, con amplio margen de seguridad frente a la impotencia incombustible, cuando impera el terco reconcentramiento en anteriores fronteras.

Y así llegamos como queda dicho, a la aprobación del Tratado de Mercado Común, entre Francia, Alemania, Italia y los tres países del Benelux cuyos fines están concentrados en los once apartados del artículo 3.º del Tratado, que conviene recordar aunque abreviadamente, pues no pretendiendo definir ninguna posición sobre la conveniencia para España de estar o no incluida en el mismo, debemos no obstante hacernos cargo de las dificultades que acarreará el hecho incontrovertible de su existencia, tanto en sus posibilidades excluyentes como en las absorbentes.

Dichos fines establecen:

La supresión de los impuestos de aduanas y de las restricciones cuantitativas.

La fijación de aranceles y de políticas comerciales comunes.

La libre circulación de las personas, de los servicios y de los capitales.

Política común en el sector agrícola y en el de los transportes.

Competencia no falseada.

Coordinación de las políticas económicas.

Acercamiento de las legislaciones nacionales.

Creación de un fondo social europeo destinado a mejorar las posibilidades de ocupación de los trabajadores y elevar su nivel de vida.

La fundación de un Banco europeo de inversiones para facilitar la expansión económica de la Comunidad.

Asociación de los países y territorios de Ultramar y la posibilidad de que otros países europeos se asocien asimismo, aunque condicionada como es sabido, a trámites de no fácil superación, especialmente para nuestro país.

La simple exposición condensada de tan amplios fines ya hace vislumbrar cuáles habrán de ser en adelante, las inquietudes y las tareas españolas. Nuestra Agricultura utiliza aún numerosos procedimientos en desuso, sobre tierras antiquísimas de ampliación no muy fácil, y favorece el comercio de sus productos mediante regulaciones sumamente cambiables pero amplias, aunque necesariamente condenadas a desaparecer. Nuestra incipiente Industria está forjada auténticamente bajo formas excesivamente proteccionistas, en evidente estado incrementador y falseante de sus posibilidades, pero sin haber alcanzado en general dentro de lo realizado, el grado de productividad conveniente a una libre competencia. Nuestro comercio internacional, se encuentra dificultado aún, por la preponderancia en sus reducidas dimensiones, de la aportación agrícola y por las circunstancias derivadas de la especial situación de nuestra divisa. Y como consecuencia de todo ello, y pese a la avanzada y modernísima Legislación so-

cial con que contamos, existe una menor adecuación entre las condiciones derivadas para todos de la ecuación española salarios-precios que en otros países europeos.

Todas las dificultades que España puede encontrar desde ahora en su próximo transcurrir en la Historia, serán sin duda debidamente analizadas en conjunto y en detalle. La totalidad de la Agricultura, Ganadería y Pesca, de la Industria y del Comercio Nacional, e Internacional español, habrán de ser objeto de disección y posterior análisis a la luz de las nuevas ideas y de la nueva situación.

Se considerarán detenidamente, las posiciones inducidas en España por la libre transferencia de capitales europeos y por la movilización, también en libertad de los productores de todos los países del Mercado Común, adicionado o no de la Zona de libre intercambio, actualmente en proyecto no sólo por Inglaterra, que desea la incorporación ventajosa de los productos de la Commonwealth, si que asimismo por los Seis, que comprenden la inutilidad de mantener su Mercado con exclusión de Inglaterra.

Pero de todos los elementos de las ecuaciones a plantear y subsiguientemente a resolver, nos interesa ahora especialmente uno, que posee todas las características del factor determinante y al que dirigimos estas palabras, con el deseo de que sirvan de toque de rebato, no de definida alarma, pero sí de apelación a la meditación. Pensamos en el hombre español, el ser humano español de cualquier estamento y de todas las posiciones profesionales. Nos impele a dirigirnos al capitalista o al productor, al técnico como al comerciante, al industrial como al catedrático y muy especialmente al burócrata que habrá de influir muy decisivamente en los planes y decisiones, el que entre todos manejarán de alguna manera el cuerpo nacional, las riquezas que posee más o menos explícitas, sus recursos de todo orden actuales y futuros, construyendo ordenaciones cuya viabilidad y éxito relativo, comprometerán para muchas generaciones la posibilidad decisoria. Y como en definitiva la productividad nacional, la conciencia nacional y hasta la propia existencia nacional dependerán de los hombres españoles, ante ellos deseo asumir el incómodo papel de avisador y no desgraciadamente el de apuntador, por-

que soy el primero en desconocer el texto de la obra. Para que el aviso, no sólo logre el expandimiento, sino también la eficacia, se precisa recordar a quienes imprescindiblemente han de entrar en acción, algunas de nuestras condiciones, constituyentes y definidoras universales del homo hispanicus, para que asentando sobre firme base la autoconfianza, se percaten de cuáles aspectos humanos, deben ser objeto de especial atención ante lo particularísimo del problema y se decida por todos y cada uno, si debemos continuar como hasta ahora con nuestras grandes virtudes pero también sin modificar nuestros defectos, o bien al contrario, ha sonado la hora de sutilísimas rectificaciones, recordando para medir el alcance de la dificultad, que la voluntad del hombre, cuando se aplica adecuadamente y sin desfallecimiento, amparada bajo el pabellón de la verdad absoluta y con el estandarte de la decisión colectiva, opera tan sorprendentemente, como ha mostrado al Mundo nuestra Historia en su glorioso conjunto.

La inacción pues, ha dejado de existir y con independencia de haberse organizado una Comisión interministerial dedicada al estudio de los problemas aludidos, presidida por el Ministro Presidente del Consejo de Economía Nacional, señor Gual Villalbí y de que el Comité Español de la Liga Europea de Cooperación Económica presidido por don Miguel Mateu, al que tengo el honor de pertenecer como Secretario General Técnico, intensifica sus trabajos, hasta el punto, de tener solicitada autorización para celebrar en el próximo otoño, una Conferencia Nacional sobre los problemas planteados a España, por la creación de las Comunidades Económicas Europeas, ya en diciembre del pasado año, todos los elementos productores del país, reunidos en el IX Pleno del Consejo Económico Sindical Nacional, acordaron tras detenido estudio una «Declaración de principios sobre el Mercado Común Europeo», cuyo texto es tan interesante, que he creído imprescindible insertarlo a continuación con la única y pequeña aportación personal de dejar para el último lugar el II de los principios que contiene.

Dice así:

I. Dada la tendencia internacional, tanto política como económica, a la formación de grandes bloques económicos de

países, es evidente que España no puede quedar alejada de aquélla, pues cualesquiera que puedan ser los inconvenientes y desventajas que se deriven de la integración de la economía española en uno de estos bloques, son mayores los inconvenientes y desventajas procedentes de su aislamiento.

III. Los beneficios que a España puede reportar su integración en un mercado común se hallan en razón directa con la capacidad de demandas de ese mercado común. Por tanto, excluidas las grandes zonas del mercado norteamericano y del rusoasiático, nos interesa pertenecer, en principio, a la de mayor población y más elevado nivel de vida.

El mercado con el que existen lazos no sólo geográficos, sino económicos de mayor intensidad es el europeo, y, por tanto, es en relación con él con el que debe estudiarse este problema.

IV. La integración parcial con otros países europeos con los que nos unen especiales afinidades debe considerarse como una etapa intermedia hacia una integración europea más amplia.

V. Las especiales relaciones que nos unen con el gran mercado iberoamericano exigen sea considerado este problema con especial atención.

VI. Dadas las actuales características económicas españolas, una integración que deje al margen los productos agrarios no puede estimarse como interesante.

VII. Encontrándose actualmente España en un proceso de desarrollo económico que puede resolver en un plazo no demasiado dilatado los problemas estructurales de su economía, la baja productividad de diversas actividades y la situación de infraocupación en la que se encuentra una parte importante de su mano de obra, es indispensable acomodar en el tiempo este desarrollo con el proceso de incorporación de la economía española a la europea, en beneficio de ambas.

Es de esperar que, a semejanza de los protocolos adicionales al Tratado de Roma, y especialmente el que se refiere a Italia, se creen los cauces jurídicos necesarios para acomodar

dar ese desarrollo de la economía española a la deseada integración.

VIII. Dado que en este sentido de integración existe el proyecto de una Zona Libre de Cambio, también es conveniente estar presente en las deliberaciones que con la misma se relacionen.

IX. Para calibrar debidamente los perjuicios y posibles beneficios económicos resultantes de la integración de la economía española en otra más amplia, es preciso analizar los artículos individualmente y con un criterio de conjunto. Como tal análisis debe ser llevado a efecto en el estudio del nuevo Arancel, y, a su vez, la promulgación de éste es requisito indispensable para la posible integración de la economía española a cualquier mercado común, urge en extremo preparar y publicar tal Arancel.

Y por último el II principio que como os advertí, dejé de intento para el final, dice así:

«El cambio de mentalidad, tanto en el empresario como en la Administración, que trasciende de la idea de la integración española en un mercado común se estima no sólo conveniente, sino necesario para conseguir la debida normatividad en la política económica española».

Coincido tan totalitariamente con dicha declaración que me estoy permitiendo consumir parte preciosa de vuestro tiempo y de vuestra atención, para tratar de matizar con alguna mayor amplitud su contenido y para ello, para explicaros mi presencia de hoy, se hace indispensable daros fe de mi creencia en el europeísmo, no ya como panacea, pero sí como moderno remedio. He dicho anteriormente que no pretendía por la brevedad del análisis obtener tan amplias conclusiones como la de ser o no conveniente el acudir al Mercado Común de los Seis, el estar presentes en la posible Zona de Libre cambio, o tratar de encontrar salidas originales para la situación en que nos vemos colocados, pero sí debo ahora hablaros, del porqué de mi adhesión espiritual a la idea de una Europa unida y trataré de conseguirlo brevemente, pues comprendo las ventajas de la rapidez.

II

Sin hacer una descripción del Continente Europeo, ni definir más o menos subjetivamente la historia de su cultura, ni las culturas de su historia, es indudable que nuestro Solar, más viejo que el de los americanos y mucho más joven que el de los asiáticos, si tomamos como punto de comparación, la existencia o supervivencia de milenarias culturas, es difícil de configurar en sus orientales limitaciones. Pero no es tal el problema que enfocaremos y sean los que se quiera sus límites geográficos, étnicos, o culturales, nos referimos ahora a otra Europa, desgraciadamente más estrecha, que la que desde pequeños venimos acostumbrados a imaginar, la Europa, que ahora se denomina Occidental, constituida por las naciones, que viven más o menos apartadas de la influencia rusa, constituyendo éste el principal aspecto de homogeneidad, a la par que presentan también como común denominador el de una individual impotencia para toda suerte de posible competición con las dos configuraciones político económicas en que el mundo actual se ha polarizado.

El esfuerzo humano aislado, contando con la ayuda divina y la complacencia de los hados, consigue a veces constituir fortunas poderosas, concentrando en determinados apellidos una materialización de cuantas ideas son concebibles sobre potencialidad y dimensión e, incluso, señorío y hasta casi divinidad.

Pero los seres se suceden, las generaciones se sustituyen y la perdurabilidad del tiempo nos ofrece la necesidad de la aplicación inexorable de la teoría de la divisibilidad, con lo que la unidad se cambia por el fraccionamiento, del que repetido puede deducirse la minimación. Al poderío de unos, substituye casi siempre la menor escala del de los sucesores y corrientemente con la conjugada actuación de seculares de cursos se adviene a la debilitación en grados verdaderamente diversos de las posiciones resultantes, lo que resulta fatalmente perjudicial, para la vivencia determinante de las realidades colectivas.

Una conciliación unitaria de la centrifugada diversidad, puede conducir de nuevo al incremento de la eficacia del esfuerzo, y de igual forma que al individuo poseedor de inmensas extensiones, de pueblos y ciudades, al que podríamos denominar propietario universal, ha sucedido el surgimiento de la división horizontal de las propiedades verticales, para hacer posible el acceder a dicho régimen, de disponibilidades de menor cuantía, cabe concebir extensivamente las ventajas del proceso aditivo y las posibilidades deducidas de la concentración, encontrando como ejemplo entre las formas jurídicas, la de la sociedad anónima, en que la acumulación de las aportaciones puede llegar casi sin límites, a ofrecer para muchos lo que antes se conseguía por uno solo.

Con la teoría de los grandes números, puede descorsarse el lúgubre velo, que dibujaba el famélico contorno de los aislamientos, ofreciendo al pensamiento, espacio suficiente para la búsqueda perspectiva, con profundidad bastante además, para permitir la obviación de muchas dificultades.

Las naciones europeas occidentales, cualquiera que sea su extensión superficial, su potencial demográfico y sus riquezas naturales o en explotación, se han quedado ridículamente pequeñas, mientras que U.R.S.S. y U.S.A. se han acercado a la inmensidad, configurándose cual los polos del actual planisferio. Si se quiere constituir en el mismo, una zona ecuatorial suficientemente tangible, para cuyo paso sea necesario algo más que el simple propósito, si se desea que no baste un solo dedo de pie de los gigantes, para producir el aplastamiento económico, político o militar de nuestra breve humanidad, se hace indispensable substituir la evidente fragmentación, por la consistencia de un cuerpo único, capaz de contar con órganos dimensionables a escala apropiada.

En definitiva se presenta la necesidad imperiosa de desembarazarse de habitualidades históricas que aún habiendo servido para forjar las conciencias nacionales, las conducen al desastre de la equivocación de conservar una falsa integridad. Se hace necesario considerar como lastre, pensamientos evidentemente muy adentro de todas las almas, para salvar otros que en forma alguna debemos permitir que se nos obligue

a substituir, puesto que conformaron nuestro espíritu y definirán siempre nuestras más caras esencias.

Arrojando tan costosamente, parte de nuestra preciosa carga, ascenderemos lo suficiente para poder mirar al mismo nivel, a quienes hoy nos obligan a elevar la vista, con doloroso ángulo para nuestros músculos y podremos además, dedicar la energía que ello nos absorbe, en mantener renovadas las misiones culturales que Europa tuvo de siempre confiadas, evitando la total renunciación. Para ello, nos servirá de amplia ayuda, el absoluto equilibrio que nos prestan nuestra fe y nuestra verdad, nuestro sentido de sacrificio y nuestra herencia de anteriores e incomparables hegemonías.

Hoy parece ser realidad, el emprendimiento de la unidad económica occidental y suponemos y deseamos, que sus pequeños límites actuales sean tan sólo los indispensables al inicio de tan prometedor tarea. Y no sólo en lo geográfico, en que la Naturaleza marcó su impronta en forma tan definitiva, que resulta inútil considerar con Valery a Europa, como un pequeño cabo de Asia, o incluso como por extensión podríamos decir, a España como un pequeño cabo de Europa, pues se quiera a no se quiera, es tan Europa como Luxemburgo o Suiza y más Europa cuantitativamente que ellos o que otros Estados europeos separados o juntos, sino también en lo político, esperamos que habrán de producirse cambios trascendentales, suficientes para permitir la configuración de la nueva Unidad Mundial, con tal solidez de vínculos, que conduzca al equilibrio que a todos tranquilizaría.

Y para ello, para permitirnos aleantar tal esperanza, encontramos prometedora en grado sumo la concentración que viene últimamente produciéndose de otros Estados, cuya especial psicología y cuya especial ubicación relativa, hacía más impensable lo acaecido. Nos referíamos a la República Árabe Unida, constituida por Egipto, Siria y recientemente por el Yemen, países a los que la política geográfica, más que la geografía natural, había colocado separados territorialmente y que como decimos, en contra de lo previsible, han constituido una nación, semejante en su discontinuidad al Pakistán, modelo anteriormente existente, también por avatares de la diplomacia y de la política, concebido por quien no habrá

recibido la copia con agrado. Y del mismo modo y a los mismos fines, hemos de hacer expresa constancia, de la todavía más incompleta unión de los reinos de Jordania y del Irak, constituyendo a partir de ahora una unión federada, a la que quizá se adhieran otras unidades nacionales.

Estos países árabes del cercano Oriente, han sabido comprender la conveniencia de la integración, no antes que los europeos, pero si han decidido con mayor rapidez, y ello, repetimos, nos hace sin fantasías ni lirismos, concebir para antes de que sea demasiado tarde, la Gran Federación Europea.

No es optimismo lo que nos mueve a esta consideración, pues sabemos desgraciadamente, cuántas son las dificultades a vencer, pero preferimos que se nos llame soñadores prácticos, que realistas indolentes, recordando como Unamuno que «la vida no es soplo que pasa y se pierde, sino sueño que se queda y se gana».

III

En definitiva, queda planteado pues, el problema de la trasmutación de los españoles, desde nuestro habitual «como somos» hasta el ideal «como debemos ser», empezando por recordar que somos más heterogéneos que los europeos en general, y que nuestros valores están ubicados fundamentalmente dentro de las zonas de máximos o mínimos, pero casi nunca en la de vulgaridad, al contrario de lo que sucede en otros países en que la configuración psicológica cultural, se deduce de la acumulación totalizadora de valores mediocres.

Y empezamos a desnudarnos en el sentido psicológico de la palabra, para subrayar sin rubores, aquellas cualidades específicas en que sea aconsejable una reestructuración.

Ante todo, el español deriva prontamente a la subjetividad espontánea, lo que le hace muchas veces contradictorio, ante la aplicación demasiado extensiva, de su enorme capacidad de intuición.

Es de todos bien conocido que el español piensa hablando, lo que encierra con la brillantez de la improvisación, el enorme peligro de la falta de método, pues como es sabido, pasa sin etapas de la acción fulgurante pero poco calculada, al destructivo desánimo, dejándolo sin concluir tantas veces lo inicialmente realizado a costa de tanto sacrificio.

La necesidad de contradecirse a sí mismo después de expuesto el impensado criterio, ante la evidente realidad diferente a la explosión súbita de la voluntad, casi siempre le hace por aplicación de su innegable ductilidad y nobleza, convenir en que el esfuerzo repetido siendo múltiplo de la unidad es indispensable aplicarlo más inteligente y productivamente, que su contemplación efectiva deduce. Y así de la energía inicial, a veces excesiva, se contrae pasando por el período de reserva, y quizá por el de indiferencia, hasta caer en la pasividad de la que prontamente se deduce la pereza.

Este es a mi modo de ver el proceso, que hace que seamos calificados como no perseverantes, cuando por el contrario y antagónicamente tantos ejemplos conocemos, de la absoluta entrega de los españoles hacia aquello que estimamos que vale la pena, como la conservación de las creencias y el pervivir de las afinidades. Y hasta tal punto, que en tales momentos el español se produce con calidades sobrehumanas, tanto en la rebeldía de la reacción, como en la resignación y en el sacrificio.

Pero su indudable inteligencia, la conduce al inmediato criticismo de las labores ajenas, olvidando la conveniencia del esfuerzo propio, ante la exacta valoración del no excesivo de los que le rodean, con olvido de que preferencialmente a la parada en la interpretación de lo ajeno, debemos continuar ponderándonos a nosotros mismos. Y tan negativa postura conduce por generalización, a la disminución peligrosísima de la productividad colectiva, como consecuencia de la envidiosa y nada objetiva comparación, con óptimos resultados conseguidos por aquéllos, cuyas circunstancias adversas fueron neutralizadas por esfuerzos y prestaciones anormales, derivando por acumulación al endurecimiento de su natural humano y antiegoísta.

Es corriente, que a la amistad fácil y a la convivencia

demasiado cordial desde lo inmediato, se llegue por una aplicación inapropiada del factor de maduración, a que la perduración y el sostenimiento deseables, se malogren y se pierdan. Y por ello, las posiciones conjuntables en el esfuerzo, procurando resultados muy superiores con la adición de labores individuales aisladas, son tan difíciles en nuestro país, cuando dejando de dar preferencia a improvisación, criticismo, celos e individualismo, tanto provecho se deduciría para todos.

El español quizá por influencia de la mesa central, propende al reconcentramiento y esta faceta de castellanización, convendría fuese substituída por una deportiva y europea versión decididora, que ayude a variar la actual resignada impasibilidad, en ansia depurada de reconversión. Su nivel de vida, sus condiciones de vida y hasta el color de su vida, precisan de la ayuda de todos para que uniformando el centro con la periferia sea injusto repetir lo que dijo Ortega y Gasset, que «En Castilla se ve mejor que en ninguna parte, pero... ¡se come tan mal!...».

Y si bien es verdad que allí en Castilla, el pensamiento es más elevado, por no encontrar nada que lo distraiga, no es ventaja material tan calificable como para encontrar justificado, el renunciar a la posibilidad de cambiar la posición de cierta indiferencia contemplativa, respecto a los problemas económicos de nuestros hermanos centrales, mientras los restantes españoles, permanecemos como una especie de espectadores, más o menos cómodamente instalados, pero al fin y al cabo espectadores, de la lucha que se desenvuelve en el ruedo castellano.

No estamos absolutamente convencidos de la teoría sustentada por Perpiñá Grau, cuando conforma la voluntad nacional, como determinada por las condiciones infraestructurales de los países, más fuertes ante tiempo y espacio que la voluntad humana.

Pero aceptaríamos sin escrúpulo, el ser copartícipes de su criterio si llegase a considerar la infraestructura, únicamente como limitativa de la autodeterminación y con ello el que la característica económica española, no debe achacarse totalmente a los españoles, sino en buena parte al substrato operante.

Tampoco nos confesamos decisivamente influídos por cualesquier argumento de racialidad climática, como influyente inexorable de la inmutabilidad a lo largo del tiempo, del carácter de toda nuestra nación. Por el contrario si bien dicha inmutabilidad es innegable en su predominio, se ofrece en una parte de la tierra, donde parece que todas las aclimataciones hubiesen sido posibles, ya que la africanidad andaluza coexiste con el europeísmo cantábrico, con el levantimismo oriental y sureuropeo y hasta con el asiatismo de la meseta central y consiguientemente parece no exista inconveniente invencible, para ascender al mejor de los niveles, a los peor influídos, homogeneizando la mezcla nacional.

Son tan simples las generalizaciones corológicas ante la complejidad real, que preferimos considerarlas tan sólo como el primero de los colores de una tirada tipográfica, que espera la superposición de las restantes tonalidades, para definir cromáticamente el conjunto.

Recordemos constantemente la alienación de Quijote, pero no para participar de su vesanismo y cuando exaltemos la llanura, olvidemos que se dijo que los grandes conquistadores fueron hombre de llano, para recordar que también los hubo en valles y cumbres, pero sobre todo que del espejismo o del ensueño, es hoy ineluctable descender a la prosa. Y ésta, señores, está definida por conceptos utilitarios, en los que como agentes en que debemos concentrar la atención, están preferencialmente los que obtienen y transforman, los que estudian e investigan y los que faciliten y conducen.

Para nosotros las riquezas impercederas e inmutables, derivan de la potencialidad humana, transformable por el trabajo productivo en potencialidad económica, siendo ésta la que hace permisible, la conservación del tesoro histórico y espiritual para el que se puede existir, pero del que no se debe, ni se puede vivir.

El español, debe de cambiar su certidumbre de sino, por una certidumbre de destino. Todo cuanto frena sus deseos de ascensión, por estar contenido en su convencimiento de predestinación, debe transformarse en afán realizador, con la obstinación del ejecutante. Y si substituyen nuestros compa-

triotas, su tendencia a la desesperanza y su convencimiento de que únicamente cambiarán sus condiciones de vida, con la eterna vinculación de su pensamiento a la difícil posibilidad de atrapamiento del azar, se trocará su gran inercia, en un sentido práctico de la realidad.

Es aconsejable, empezar a producirse con una menor gravitación de nuestra historia en cualquiera de nuestros actos, defendiéndonos de problemas impertinentes, para lograr la voluntad de movilidad con acierto, venciendo lo que parece impotencia. Si al simple anhelo le substituye la decisión y la utilización del instinto se complementa con la profundidad del aplicado conocimiento, el español hará y España se transformará tan sólo con que al quimérico placer de soñar, y al no menos reprobable de criticar, se dé plasmación de vigilia, deviniendo actores en lugar de fantasmas, y ofrendando actos analizables, a aquellos que a pesar de todo, prefieran aún permanecer en una acera de enfrente, por temor al tráfico y agitación de aquella en que animosamente deambulamos.

Y si es indudable que existen tantos casos de mentes que conciben con perfección, que analizan con soltura y que realizan individualmente con fluidez, hagamos que sea posible dominar el endémico mal español, de la casi imposibilidad del trabajo en equipo, mediante la perfección de las facultades y descoés de transmisión, ya que al complementar esfuerzos, o al conectarlos simplemente, se hará factible que la colectividad hoy, no muy brillante, adquiera parecida calidad que la de bastantes de nuestras individualidades, coincidiendo con el Sociólogo Dewey en que «el problema básico de nuestra presente cultura, de nuestra vida en común, está en conseguir la integración, allí donde ahora reina la división».

Sigamos el femenino ejemplo de algunas bellezas en declive, cuyo inteligente destaque y puesta a punto, permite esplendorosos efectos, y obtengamos de nuestros recuerdos, de nuestros hechos pasados, y de nuestra propensión a convertir todas nuestras características en virtudes, una utilización funcional, alegre y práctica, armoniosa y bella. Una verdadera nación europea, en que al ser todo el hombre, contega resultantes de historia y espíritu, pero con la plástica movilidad de la voluntad, que haga factible el convivir presente

y futuro, permitiendo no sólo tener un pasado, sino tener un porvenir.

Y para concluir, debe confesaros que estoy convencido de que la Unión Europea profetizada ya por Renan en el siglo pasado, con su frase «Las naciones no son algo eterno. Han comenzado y concluirán. Probablemente las reemplazará la Confederación Europea», es hoy más probable que entonces y ofrecerá a España de plasmarse con acierto, la solución al difícil problema de hacia donde debemos volver el rostro, si hacia Europa o hacia otro Continente.

En todo caso aprovechemos en nuestro beneficio, las modificaciones aplicativas, que modernamente se derivan de los actuales conceptos de nación y nacionalidad, empezando por impregnar de europeísmo, nuestro hispanismo tan conservable, pero teniendo siempre presente las palabras del Profeta Jeremías, cuando dijo que a veces «las naciones se fatigan por nada, extenuándose en provecho del fuego».

Madrid, marzo de 1958

JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ POMATTA

Consejero Nacional de Economía

Secretario Técnico del Comité Español de la Liga
Europea de Cooperación Económica

RELACION BIBLIOGRAFICA

Ernesto Renan: ¿Qué es una nación?; Edouard Bonnefons: L'Europe en face de son destin; Dusan Luckac: L'intégration économique solution de la crise de l'Europe?; José M.^a Fontana: Los Españoles ante el año 2.000; Salvador de Madariaga: Ingleses, franceses, españoles; Banco Urquijo: El Mercado Común Europeo; José Luis Sampedro: Estudio sobre la Unidad Económica de Europa.